



# AQUELARRE



## Aquí, no cambia nada

### Sumario

Un año más sin muchas cosas	1
Historias coruñesas	2
El asesinato de la viuda	4
De las calles coruñesas (VI)	5
¿A dónde fue a parar?	6
Otra Cuaresma diferente	9
La Coruña de ayer	11
Cosas de Meigas	14

## Un año más sin muchas cosas

Un año más, y ya van dos, seguiremos perdiéndonos muchas cosas que hace, tan solo, poco más de un año eran consustanciales a todos nosotros.

Atrás ha quedado el Carnaval sin poder celebrarlo. No solo no pudimos salir a recorrer las calles ocultos tras un viejo disfraz, sino que encima tampoco pudimos reunirnos alrededor de mesa y mantel para dar cuenta de un buen cocido; eso sí, en cuanto a máscaras y mascarillas, de eso hubo mucho más que nunca.

Por delante, nos quedan unos meses en los que tampoco celebraremos nada de todo aquello que constituía nuestras señas propias de identidad.

Tampoco este año, Valencia será escenario de

sus multitudinarias Fallas de reconocido prestigio internacional. Lo mismo sucederá con la Semana Santa y así, ciudades ícono como Sevilla, Málaga, Zamora, Valladolid, Cartagena, Ferrol o Vivero, no podrán asomarse a sus calles, abarrotadas de turistas, para presenciar sus majestuosos desfiles procesionales.

Por si esto fuera poco, ya nos anuncian que no habrá Feria de Abril en Sevilla, ni Romería del Rocío, ni tan siquiera los Sanfermines pamplonicos y dudamos mucho que se celebre actividad alguna llegada la fiesta de San Juan. En total, que, un año más, nos quedaremos sin muchas cosas más.

Todo ello supondrá que la economía sufrirá una pérdida de alrededor de

2.000 millones de euros que afectará a todos los segmentos de la producción, en especial a lo relacionado con el sector servicios –hostelería, comercio, etc.-. Una tragedia que repercutirá indefectiblemente en el incremento del paro.

Todo esto, contribuirá a que se incremente nuestro estado de abatimiento y tristeza que nos ha invadido, merced al miedo que nos han inculcado, y que se advierte con solo salir a cualquiera de nuestras calles, carentes de vida y por tanto de alegría y de ilusión. Calles desiertas, por las que transitan, en silencio, personas que se asemejan al deambular de zombies. Un pena.

Al final, no nos matará el “chinovirus”, pero si lo harán la tristeza, la soledad y el abatimiento.

## Tampoco habrá Semana Santa

Un año más, y van dos, nos quedaremos sin ver a las Meigas desfilando en la procesión del Cristo del Buen Consuelo, al atardecer del Miércoles Santo.

Tampoco este año, por culpa de la maldita pandemia, este desfile procesional, salido de la

Venerable Orden Tercera, desfilará por las calles coruñesas.

Son ya demasiados los actos, que siendo tradicionales, han dejado de celebrarse. Sin embargo, cabe preguntarse si alguna vez volveremos a la vida normal en la que recuperemos todo esto.



En la madrugada del domingo 26 de junio de 1977, cuando los relojes marcaban las cinco y cuarto de la mañana, se detectó un espectacular incendio en la planta 15 de un edificio situado en la avenida de Rubine.

El edificio, que tenía 22 pisos, estaba marcado con el número 30 de la céntrica calle coruñesa, haciendo chaflán a las calles de Rubine, y Barrié de la Maza. Inmediatamente se pudo comprobar que una gran lengua de fuego salía de una de las ventanas del piso décimo quinto izquierda, rompiendo ventanas y cristales y desplazándose con rapidez por la fachada, hacia los pisos superiores.

Avisados por un vecino, llegó, de forma rápida, un vehículo auto tanque del Cuerpo de Bomberos, que no venía dotado de escalera. Inmediatamente, un segundo vehículo de Bomberos se incorporó al lugar del siniestro, comprobando que, ante la gran altura del fuego, era completamente inútil utilizar escaleras, al no alcanzar, ninguna de las que había en el parque, incluso el moderno brazo articulado, adquirido ese año, tamaño altura.

Muchos vecinos abandonaron de forma precipitada sus viviendas, provistos tan solo de pijamas, camisones o batas, con niños en

brazo, presos de un gran pánico y excitación. Muchos de ellos aparecieron cubiertos con toallas mojadas, al bajar por las escaleras y desafiando al intenso humo que llenaba ya todo el inmueble.

Numeroso público se había concentrado ya en la calle, alarmado por el espectacular incendio. Un bombero, provisto de careta antigás y un hacha, logró entrar en el piso contiguo, el 15º centro, tras derribar la puerta. Desde una ventana lanzó por la fachada una larga cuerda a la que le ataron una manguera con la que, tras subirla y recibir la necesaria presión, inició la lucha contra el fuego. Otros miembros del cuerpo de Bomberos consiguieron llegar a la planta dieciséis. Tras una ardua labor, de todos ellos, sobre las seis y media de la mañana, lograron controlar el fuego, que arrasó por completo el piso quince y dañó a seis más, algunos de ellos anegados por los más de 7.000 litros de agua que emplearon los bomberos para extinguirlo. A las siete de la mañana, solo quedaban rescoldos.

Afortunadamente no hubo que lamentar heridos. Tan solo algunos vecinos intoxicados por inhalar humo. El siniestro, sin duda espectacular, pudo resultar una enorme tragedia, pues cada planta

tenía seis viviendas y el edificio carecía de escalera de emergencia. Y gracias, según los bomberos, a que el incendio fue exterior, ya que, si se hubiese iniciado en el interior del edificio, habría provocado una auténtica catástrofe.

Bomberos y Policía dictaminaron que el incendio se inició en el dormitorio del piso 15 izquierda. El inquilino, Alfonso Ezequiel Barbeito Rocha, declaró que se había tumbado en la cama fumando y creía que el cigarrillo había prendido en la moqueta o en las sábanas. En vez de reaccionar, salió huyendo hacia el piso de sus suegros, situado en la planta inferior al suyo. Sería su suegra la que llamaría los bomberos. El inquilino, que pasó a disposición del juzgado de instrucción nº 2, afirmó a la Policía que había llegado a casa, poco antes del siniestro, tras recorrer algunos bares. En su casa estuvo un rato en la cocina escuchando música, y posteriormente se dirigió fumado al dormitorio. Se echó en la cama y de seguido se vio rodeado de humo, no recordando nada más que salió huyendo del piso.

Los daños provocados por el incendio fueron considerables.

**Carlos Fernández Barallobre.**



Al fondo, el edificio donde se produjo el siniestro (internet)



La fotografía, extraída de nuestro “Baúl de recuerdos”, esta tomada la tarde del 8 de junio de 2015, en la Casa de Galicia en Madrid, con motivo de la exposición retrospectiva de la historia de las **HOGUERAS**, aquel año en el que fueron distinguidas con la declaración de Fiesta de Interés Turístico Internacional.

En la foto, junto a la XLVI Meiga Mayor, Tania Pintor Garea, aparece José Ramón Onega López, Delegado de la Xunta en Madrid y Director de la Casa de Galicia, en cuyos salones se abrió la exposición.

Cuando se gestó el proyecto de la exposición, contando con la colaboración de la Asociación de Meigas de las Hogueras de San Juan, se volvió, de inmediato la vista hacia Madrid al entender que la Capital de España constituía el mejor escaparate posible para proyectar nuestras **HOGUERAS** fuera los límites de la ciudad.

Tras algunas gestiones y preguntas, nos hablaron de la Casa de Galicia en Madrid, situada en las proximidades del parque del Retiro, a espaldas del Museo del Prado, como el sitio más idóneo para llevar a buen puerto el proyecto.

Consecuencia de ello, se establecieron los primeros contactos con su director, José Ramón Onega López, lo que provocó una reunión en Madrid para sentar las bases

del proyecto y conocer la instalación de primera mano, con el fin de comprobar que se ajustaba a nuestras necesidades.

El primer contacto con Onega, se desarrolló en un ambiente de gran cordialidad, dejando claro, desde el primer momento, la voluntad de no poner impedimento alguno a la celebración de la exposición, ofreciéndonos su total colaboración.

Tras cerrar el proyecto, se trasladaron a la Capital de España la totalidad de los recursos – fotografías, cartelería, publicaciones y otros objetos– que iban a ser expuestos y, por fin, el 8 de junio de aquel año, se inauguró la exposición en las dependencias de la Casa de Galicia en Madrid.

Al acto asistió, además de la Meiga Mayor 2015, Tania Pintor, la Presidente de la Asociación de Meigas, M<sup>a</sup> Concepción Astray. La Xunta de Galicia estuvo representada por Belén M<sup>a</sup> Do Campo Piñeiro, Directora General, y por el propio José Ramón Onega, contando con la presencia de varios amigos y coruñeses residentes en Madrid.

Al año siguiente, el primero de la implacable persecución de los talibanes sectarios de la marea, la Asociación de Meigas invitó a José Ramón Onega a dar lectura al pregón de las **HOGUERAS-2016**, en el transcurso de la Fiesta del Aquelarre Poético de aquel año.

Con anterioridad, la Comisión Promotora de las Hogueras de San Juan, lo había distinguido con la concesión del “Cardo de Plata”.

La XLVI Fiesta del Aquelarre Poético, acto de exaltación de Belén Ferreiro López como Meiga Mayor de las **HOGUERAS-2016**, se celebró en el Teatro Municipal Rosalía de Castro, alquilado al efecto ya que los miserables de la marea se negaron a cederlo sin cargo, el 19 de mayo y en su transcurso, José Ramón Onega recibió el “Cardo de Plata” que se le había otorgado y dio lectura a su magnífico pregón de aquellas tristes **HOGUERAS-2016**.

Durante su estancia en La Coruña, tuvimos oportunidad de conocer mejor a José Ramón Onega, hombre de vasta formación y cultura, gallego ejerciente, de trato amable y gran conversador que nos deleitó con su saber.

Hace unos días, recibimos con tristeza la noticia de su fallecimiento en Madrid lo que provocó que los recuerdos de aquellos días de 2015 y 2016 aflorasen nuevamente.

En la foto que ilustra estos comentarios, Tania Pintor Garea, Meiga Mayor 2015, hace entrega a José Ramón Onega de la reproducción de una Meiga Mayor vistiendo el Traje regional de Galicia, en el transcurso del acto de inauguración de aquella exposición de las **HOGUERAS-2015**.

Casi siempre que se habla de crímenes pasionales hay unos protagonistas jóvenes, bien sea individualmente, en pareja o el clásico triángulo amoroso. Pero la crónica de sucesos enseña que muchas veces son los amores seniles los causantes de crímenes pasionales tan o más violentos que los protagonizados por jóvenes. Tal sucedió con el ocurrido en A Coruña en 1912 en el Campo de Artillería. He aquí la historia.

**Josefa Rosende Veira**, 65 años de edad, natural de Bergondo, era una popular tocinera de la plaza de abastos de La Coruña. Hacía un año que se había retirado de su puesto, en el cual había servido largo tiempo. Josefa estaba viuda y por partida doble.

Desde que en 1908 Josefa enviudó por segunda vez, vivía sola en la casa número 1 del Campo de Artillería. Estaba bien de dinero, pues era propietaria de las casas 2 al 10 de la calle de la Independencia. Eran casas estas con piso bajo, principal y buhardilla, y algunas de ellas estaban alquiladas.

**Ricardo López González**, 70 años, de estatura baja, anchos hombros, barba entrecana, ojos negros y penetrantes, de oficio zapatero, desde hacía meses había alquilado un modesto arcón en el Campo de la Leña y allí trabajaba cuando le placía, más bien poco, porque hacía una vida muy desordenada. Ricardo había nacido en Lugo, también estaba viudo, y por dos veces, siendo su principal debilidad la bebida.

Ricardo tenía dos hijos emigrantes en Cuba y uno de ellos le mandaba regularmente 75 pesetas mensuales. Otra hija estaba recluida en un manicomio.

Ricardo comenzó a verse con Josefa en la planta baja de la casa en donde vivía esta última y en la que había un ultramarinos. Charlaban y de vez en cuando tomaban una copa. La fama de adinerada de Josefa pronto hizo mella en el gastador y arruinado Ricardo, quien comenzó a piroppearla. Al principio se dejó querer, pero luego le dejó las cosas claras a Ricardo, haciéndole saber no quería nada con él.

A las siete de la mañana del 11 de septiembre de 1912, abrió Josefa el portal de su vivienda en el Campo de Artillería después de haber hecho limpieza en las habitaciones. Tras ello, la señora Josefa subió al primer piso de su vivienda. Poco después subió un hombre. Era Ricardo López. Fue cerrando tras de sí las puertas por donde pasaba, siendo la última de ellas la de la propia habitación de Josefa, cogiendo a esta desprevenida.

Por lo que se ha podido suponer, Ricardo sacó de la chaqueta un revólver, un enorme Lefauchaux del calibre 12 y

efectuó dos disparos casi seguidos contra Josefa.

Ricardo huyó a la buhardilla de la casa. Al estar cerrada la puerta de la casa, un tendero trajo un hacha y poco después se accedió al piso. La víctima, que vestía de negro, estaba muerta, tendida en el suelo. El revólver estaba encima de una mesa, y en el suelo, cerca del cuerpo, una gorra de visera, que se supone pertenecía a Ricardo.

Ricardo seguía oculto en la buhardilla y a por él subieron los guardias. El asesino de improviso, en rápido movimiento, se adelantó hacia el alero del tejado, se tiró de espaldas hacia la calle, tropezando en unos cables de alumbrado eléctrico y cayendo de bruces. Quedó inmóvil y se le creyó muerto, pero al acercarse los guardias se pudo comprobar que todavía respiraba.

Inmediatamente fue conducido al hospital, donde los doctores Villardefrancos y Domínguez apreciaron que tenía fracturada la pierna izquierda a la altura del muslo, presentando además una fuerte contusión en el brazo derecho y otra en la ceja izquierda. La fractura era tan grave que se decide amputarle la pierna.

El asesinato de Josefa es tema obligado de las conversaciones de la apacible ciudad coruñesa. Pero, en líneas generales, se tenía a Ricardo como un elemento huraño y poco comunicativo con sus vecinos, excepto en los últimos tiempos cuando bebía más vino del acostumbrado.

Continúa el día 12 y siguientes con el desfile de testigos ante el juez instructor. Pero la declaración más importante del día la protagoniza el asesino cuando el juez se presenta en el hospital acompañado del escribano y, al comprobar una ligera mejoría en su estado, se decide a interrogarlo.

Empieza diciendo que hace año y medio o dos años que tenía relaciones con la víctima, aunque por los datos que aportó todo hacía suponer que aquéllas no pasaban de una simple amistad. Hace a continuación una insinuación maliciosa, que cuantos conocían a la víctima rechazaron, cuál era la de que Josefa le había prometido casarse, y al pasar las semanas sin decidirse, comenzó él a sospechar de que tenía otro amante, por lo que se sintió muy ofendido.

Habla a continuación de dos sujetos misteriosos, de los cuales señaló que «andaban a voltas con ella», añadiendo que le daba mucha rabia, tanta, que estuvo gran parte de la noche esperando encontrar a alguno de ellos para matarlo.

Cuenta seguidamente Ricardo que

entre el desprecio de Josefa y sus devaneos con otro hombre concibió el propósito de matarla y suicidarse después en holocausto amoroso.

Poco a poco, Ricardo López fue mejorando. El temor que se tenía de amputarle la pierna que le quedaba acabó desapareciendo. Su mal pasó a ser más psíquico que físico. Ricardo comenzó a perder el apetito, pasándose la mayor parte de las noches en vela pues, decía, podían aparecer para asesinarle los dos personajes misteriosos. Parecía como si quisiese pasar por loco, ya que un día le preguntó a un enfermero si creía que pedirían para él en el juicio la pena de muerte, pues tenía mucho miedo a morir, sobre todo en el garrote.

A primeros de octubre, Ricardo comenzó a sentirse mal no sólo mental sino físicamente. Su fiebre, que se había mantenido normal, subió bruscamente. Sentía grandes dolores en el estómago y síntomas de ahogo. El día 3 entró en período agónico y los médicos no pudieron atajar su mal, falleciendo el día 4 en el Hospital Civil coruñés en el que había sido internado tras el crimen.

En la escueta nota inserta en los periódicos al día siguiente se hace, curiosamente, hincapié en que «*los médicos no consiguieron que el asesino declarase antes de morir los móviles que le impulsaron a cometer el en*». Mucha gente comenzó a preguntarse entonces si había habido algún motivo más que el pasional en la comisión del asesinato.

Se dice también en la nota periodística que los doctores García Ramos y Villardefrancos, auxiliados por el practicante Vegas, practicaron la autopsia al cadáver. Ello parece indicar que no se sabía a ciencia cierta cuál fue la causa real de la muerte de Ricardo. Más inquietante es cuando al día siguiente se publica en los periódicos que se ha efectuado la autopsia, pero no se dice tampoco cuáles fueron las causas de la muerte.

Se cerraba así el caso de este crimen pasional, sin que el asesino hubiese explicado las causas que le indujeron a quitar la vida a Josefa Rosende, una ex tocinera adinerada, habladora y simpática del Campo de Artillería de La Coruña.



Revólver Lefauchaux del calibre 12, como el usado por Ricardo López González

M<sup>a</sup> Jesús Herrero.

Ya detallé con anterioridad algunas de las vías coruñesas dedicadas a alcaldes. En concreto las agrupadas en dos barrios de la ciudad (Ventorrillo y Lonzas) y las de los alcaldes vivos.

Vamos con las demás calles. En principio las que en sus rótulos tiene la palabra alcalde, la mayoría de los cuales se pusieron a calles cuya calificación era la de travesía y para diferenciarlas de las calles con las que conflúan. Así Alcalde Folla Yordi (antigua travesía de San Roque) entre la calle de San Roque y la travesía de la Torre, Alcalde Marchesi (antigua travesía de Primavera) entre la avenida de Fernández Latorre y la calle de Posse, Alcalde Puga y Parga (antigua travesía de Vera) entre la avenida de Fernández Latorre (Cuatro Caminos) y la calle de Caballeros, Alcalde Soto González (antigua travesía de Juan Castro Mosquera) entre la calle de Juan Castro Mosquera y la ronda de Nelle, Alcalde Abella (antigua travesía del Cantábrico) entre las calles del Cantábrico y de San Jorge, y Alcalde Canuto Berea (antigua travesía de la calle Real) entre las calles Real y de la Galera.

Otras vías que comienzan con la palabra alcalde son la avenida del Alcalde Alfonso Molina, que recuerda al alcalde que gobernó la ciudad durante once años, desde 1947 hasta su muerte en 1958, récord

histórico batido posteriormente por el alcalde Francisco Vázquez con 23 años, de 1983 a 2006. Esta vía se inauguró en 1957 y se construyó como variante de la carretera nacional 550 aunque ahora tiene la numeración AC-11, pues pertenece a la administración del Estado. En su día cortó en dos la Granja Agrícola de Monelos y hoy es el principal acceso a la ciudad. Empieza al final de la avenida de Linares Rivas y termina en la glorieta del Puente del Pasaje.

Además están las calles del Alcalde Manuel Casás, que empieza en la avenida de la Marina y termina en la avenida del Puerto de La Coruña, del Alcalde Asúnsolo, entre las calles de Ángel Senra y de Pérez Porto, del Alcalde Sanjurjo de Carricarte, entre la calle del Vigía y la ronda de Monte Alto, del Alcalde Abad Conde, entre las avenidas de Gran Canaria y de Labañou, del Alcalde Lens, entre la avenida de la Gramela y la ronda de Outeiro, del Alcalde Suárez Ferrín, vía ovoidal que rodea el parque de Los Rosales, y la avenida del Alcalde Pérez Ardá, entre la glorieta situada en la confluencia con las avenidas de Ramón y Cajal, Salgado Torres y Fernández Latorre y la glorieta donde confluyen la calle de Caballeros y las avenidas de Monelos y de Salvador de Madariaga.

Pero hay más espacios públicos dedicados a alcaldes de La Coruña, aunque no aparezca tal nombre en la denominación de la vía. Calle de Argudín Bolívar, entre la calle del Orzán y la plaza de la Fuente Luisa, calle de Francisco Mariño, entre la plaza de Pontevedra y la calle de Rosalía de Castro, calle de Ángel Senra, entre la avenida del Marqués de Figueroa y la calle de San Vicente, calle de Juan González Rodríguez, entre las avenidas de Peruleiro y de Manuel Murguía, calle de Juan Flórez, entre la plaza de Pontevedra y la confluencia de las calles de Santa Lucía y Castiñeiras de Abajo, calle de Federico Tapia, entre la plaza de Galicia y la calle de Juan Flórez, y la plaza del Pintor Sotomayor, situada al final de la calle de Panaderas, en la confluencia con las calles de San Nicolás, del Orzán y del Corralón.

Es destacable que hay alcaldes que tienen dos espacios públicos a ellos dedicados: Eduardo Sanjurjo de Carricarte con calle en Monte Alto y jardines en la cuesta de San Agustín, en la parte trasera del palacio municipal, y José Marchesi y Dalmau que además de la calle Alcalde Marchesi en Cuatro Caminos da nombre a la calle de Marchesi y Dalmau entre la avenida de la Marina y la calle Real, como anticipo de la rúa Nueva.

J.V.E.



En el verano de 1955, el entonces Jefe del Estado, Francisco Franco, inauguraba la escalera de honor que daba acceso a la planta noble del Palacio Municipal, con motivo de su asistencia a la tradicional cena de gala, ofrecida en su honor por el Ayuntamiento coruñés.

La magna escalera, de tres tramos, se remataba con una cúpula, a modo de lucernario, en el que aparecía una representación de Hércules, fundador legendario de la ciudad, sosteniendo en sus manos un escudo nacional con la heráldica de los Reyes Católicos, adoptado por el Estado Español en 1938, y otro, con las tradicionales armas de nuestra ciudad.

Aquella gran vidriera, confería al conjunto una gran belleza y plasticidad y constituía todo un atractivo para aquellos que visitaban por vez primera el Palacio Municipal e incluso llamaba la atención a todos aquellos que lo visitamos en innumerables ocasiones.

Independientemente del valor artístico que pudiese tener aquella vidriera, poseía otro económico que fue atendido, en su día, por las arcas municipales o lo que es lo mismo, el dinero de los coruñe-

ses, constituyendo, por tanto, parte de la patrimonio de nuestra ciudad.

Pues bien, he aquí que un mal día, tras la llegada al Ayuntamiento de la malvada y talibana marea negra que ensució la ciudad, de forma miserable, durante cuatro interminables años, una de sus "hazañas" fue la de ordenar la retirada de esta vidriera, despreciando el valor que pudiera tener.

Lo grave, no es que se retirase ya que todo es susceptible de cambio, lo realmente triste es el paradero que se le dio a esta pieza que, al menos, merecía conservarse, como parte del pasado histórico de la ciudad, en algún museo. Sin embargo, nadie sabe donde se encuentra a día de hoy.

Algunos hablan de que se la regalaron al titular de la empresa que realizó la obra quien se la llevó para Madrid; otros apuestan porque fue destruida. El caso es que nadie sabe, con certeza, su paradero.

Estos miserables de la marea que lo único que trajeron a nuestra ciudad fue oscuridad, mediocridad, revanchismo y malvado sectarismo, no fueron capaces de emprender proyecto alguno serio salvo barbari-

dades como esta que ponen de manifiesto su catadura moral y sobre todo el "amor" que sentían por La Coruña que no pasaba del que les vinculaba con el sueldo, eso sí, cuantioso, que recibían de las arcas municipales a fin de cada mes.

Esperemos que algún día, a no mucho tardar, alguien les exija cuenta de cómo gastaron los dineros de La Coruña y de aquellas cosas por su negligencia, su incompetencia y su perverso sectarismo dejaron perder.

Hay que pedirles cuenta, por ejemplo, de los vistosos uniformes de la Milicia Urbana y la Milicia Honrada mandados fabricar en tiempos de Francisco Vázquez como Alcalde, al igual que aquellos hermosos reposteros que permitían un recorrido, minucioso y documentado, a través de la evolución de la simbología heráldica de nuestra ciudad a lo largo de los siglos.

Nos gustaría saber que fue de todo aquello ya que, en todos los casos, se pagó con el dinero de todos los coruñeses. Esperemos que, algún día, den cuenta de ello.

**E. F. B.**



Vidriera de la bóveda de la escalera de honor del Palacio Municipal



El monasterio de San Juan de Caaveiro, se encuentra ubicado en el parque natural de las Fragas del Eume, un lugar de gran belleza y frondosidad, dentro de la demarcación municipal de A Capela (La Coruña).

En la actualidad pertenece a la Diputación Provincial de La Coruña, quien procedió a su profunda y minuciosa restauración, dirigida por nuestro buen amigo José Yáñez. Está catalogado como bien de interés cultural.

La fundación de este cenobio, situado sobre un roquedal abrazado por los ríos Eume y Sesín, se vincula tradicionalmente con San Rosendo quien, en el siglo X, quiso reunir en él a un grupo de anacoretas que habitaban estos hermosos y apartados parajes.

Convertido en monasterio de la Orden benedictina, hay constancia de que, a principios del siglo XII (1107), el Rey Alfonso VII, donó los terrenos a esta Orden religiosa, quedando exento de la autoridad del Arzobispo de Santiago.

A mediados del siglo XIII, según documentos que se conservan, el monasterio pasó a poder de los Canónigos Regulares de San Agustín, siendo abandonado en el siglo XVIII, lo que provocó su total ruina en el siglo XIX, si bien, a finales de este siglo se rehabilitó par-

cialmente, reedificando una de sus iglesias y una de las casas de los Canónigos.

En origen, el cenobio contaba con una serie de edificios, algunos ya desaparecidos, destacando la Iglesia principal; la de Santa Isabel; celdas; cabildo; sacristía; pozo; almacenes; archivo; campanario; etc. Destacando sobre todo el ábside románico de su iglesia principal, construida en el siglo XII y que ofrece una majestuosa estampa, de grandeza casi onírica, si lo observamos sobre el alto roquedal.

La gran terraza que se extiende, una vez rebasado el arco de acceso a la zona a la que se asomaba la residencia de los Canónigos, esta presidida por una torre campanario barroca de buena factura.

Durante muchos años este viejo cenobio estuvo completamente abandonado, pese a que concitaba la presencia de muchos turistas y curiosos, debido a la singular belleza de los parajes en los que se encuentra enclavado, que se desplazaban para visitar sus ruinas.

En la actualidad, tras la profunda recuperación llevada a cabo por la Diputación Provincial, el monasterio es visitable, disponiendo de dependencias donde se facilita información e incluso documentación para realizar una pormenorizada visita al conjunto.

Entre los meses de junio y septiembre, el acceso al Monasterio se cierra al tráfico, si bien la Diputación activa una línea de autobuses gratuitos que permiten acceder a él sin dificultad.

Igualmente existen varias rutas por las que se puede acceder a pie hasta Caaveiro, empleando unos treinta minutos en su recorrido, lo que facilita recrearse en la belleza sinigual de estos parajes.

Una buena opción, que nos permite deleitarnos con la contemplación de estos frondosos parajes por los que corre el río Eume, es hacer el recorrido, a pie, desde la hermosa localidad de Puendeume hasta el Monasterio, un itinerario de unos 13 km. que vale la pena recorrer.

Existe un horario de visitas al Monasterio que suponemos se ha visto modificado como consecuencia de la crisis sanitaria en la que estamos inmersos, por lo cual parece conveniente contactar o bien con la Diputación Provincial o bien con el Ayuntamiento de A Capela, para conocer el que rige en la actualidad.

La belleza del Monasterio de San Juan de Caaveiro, así como la del entorno que lo rodea, convierten a esta zona en visita obligada, especialmente para aquellos que todavía no lo conozcan y quieran perderse en su espacio natural.

Uno de los edificios más emblemáticos de nuestra ciudad es, sin duda alguna, el Palacio de Capitanía General, ubicado en la plaza de la Constitución, en plena Ciudad Vieja.

“El Palacio”, como se le conocía popularmente en La Coruña años atrás, data de 1763, en el reinado de Carlos III, si bien, su construcción, se inició por una Real Cédula, expedida por Fernando VI, el 14 de junio de 1748, debido al estado ruinoso que presentaba el anterior edificio ocupado tanto por la Capitanía General como por la Real Audiencia.

Durante años, el edificio acogió a la Capitanía General y a la Real Audiencia de Galicia, siendo titular de ambas Instituciones, las más poderosas representantes del poder real, el Capitán General.

Igualmente, aneja al Palacio, más o menos donde se encuentra hoy parte del complejo del Hotel Finisterre, se encontraba la Cárcel Real.

Para la construcción de este Palacio se impuso el arbitrio de un ma-

ravedí por cada azumbre de vino que se cosechase en toda Galicia.

Aunque es posible que las obras concluyesen entre 1760 y 1763, hay constancia fehaciente de que, en 1765, estaba ocupado por el entonces Capitán General de Galicia, Francisco de Cróix, Conde de Cróix, ya que entre 1761 y 1765, en la relación de Capitanes Generales, no aparece ninguno.

A lo largo del devenir histórico, el Palacio fue testigo mudo de muchos acontecimientos ciudadanos, ente ellos el levantamiento popular del pueblo de La Coruña, el 30 de mayo de 1808, con motivo del inicio de la guerra de la Independencia.

Con relación a su función militar, durante años fue sede de la Capitanía General de VIII Región Militar (Galicia) y sucesivamente, de acuerdo con las reestructuraciones orgánicas del Ejército, lo fue de la VI y de la IV Región Militar Noroeste y, finalmente, Cuartel General de la Fuerza Logística Operativa del Ejército de Tierra (FLO), hasta que el pasado 30 de diciembre, se convirtió en el Cuartel General de la Fuerza de Apoyo a la Maniobra.

En el interior del Palacio, se conserva un extraordinaria pinacoteca, con obras cedidas por el Patrimonio Nacional, así como otras piezas de gran valor.

En los sótanos del Palacio se conserva lo que, en otro tiempo, fue un gran aljibe que servía para la recogida de aguas pluviales, convertido hoy en otros usos. De este aljibe partían unos túneles, hoy derruidos, que comunicaban con el exterior del edificio.

Igualmente, dispone de una Sala de Honor en la que se conservan una serie de objetos de gran valor histórico y testimonial.

En su Salón del Trono, todavía cada 6 de enero, el General Jefe ofrece la tradicional recepción con motivo de la Pascua Militar.

A lo largo de estos años, hemos mantenido muy buena amistad con alguno de sus Generales, especialmente con el General de División Francisco Sánchez Fernández, lo que nos ha permitido conocer, con detalle, el interior del Palacio y sus distintas dependencias.



Palacio de la Capitanía General



Qué duda cabe que nos preparamos, de nuevo, para vivir una Cuaresma peculiar. ¿Quién nos iba a decir, hace ahora casi un año, que seguiríamos en una situación de pandemia? Pues así es. El 26 de febrero del año pasado inaugurábamos este tiempo fuerte sin noticias del COVID-19. Hoy, raro es el día en que no nos bombardean con una cantidad ingente de datos sobre altas, contagios, fallecimientos, restricciones..., provocadas por él.

Precisamente por lo que está sucediendo, la mayoría de las diócesis de España se han adelantado a prohibir cualquier tipo de celebración multitudinaria en torno a la Semana Santa, aunque falte mes y medio todavía. Incluso el gesto de la ceniza fue ligeramente transformado: este año no se hacía la señal de la cruz sobre la frente con la ceniza, sino que, recuperando el auténtico gesto bíblico, se imponía sobre la cabeza, sin que hubiera contacto alguno.

Algunas personas afirman que nuestra vida tras la pandemia no será igual que antes. Es verdad, pero todas estas vivencias son experiencias que debemos atesorar y no olvidar nunca, porque nos servirán para muchas situaciones después. Además, podemos sacarle jugo a esta situación, que ya empieza a ser rutinaria, y vivir una Cuaresma totalmente nueva.

En primer lugar -fue la primera lectura del Miércoles de Ceniza- podríamos rasgar los corazones, no las vestiduras. Seguro que conocéis la expresión y el significa-

do. En el mundo judío cuando alguien quería expresar su total oposición a algo, su condena, se rajaba la ropa desde el cuello hasta el pecho. Así ocurrió en el juicio de Jesús ante el Sanedrín, cuando escucharon a Jesús decir que era Hijo de Dios (Mt 26,65). Pues bien, en contraposición a ese gesto externo está el rasgarse los corazones, es decir, bucear en nuestro interior y escandalizarnos, en todo caso, de nuestros fallos no de los ajenos. Descubrir que tenemos que cambiar mucho cada uno si pretendemos cambiar algo de lo de fuera. Aceptar que nos es mucho más fácil detectar y sentenciar los pecados del vecino que los nuestros propios. Ya que este año no podemos mezclarnos con los otros... vamos a mirar dentro.

En segundo lugar, lo dijo el Papa Francisco en su mensaje para esta Cuaresma, podemos ahondar en la sencillez de vida: un ayuno que quite de nuestra vida todo lo que estorba, todo lo que sobra, sobre todo si quiero recibir al que viene a mí sin nada más que su fuerza, que su gracia, que su amor. Si tengo demasiados trastos en mi vida, no cabe nadie más.

Pero añadió un detalle que a mí me llamó mucho la atención. Invitaba el Papa a librarnos de la saturación de informaciones - verdaderas o falsas-. Hace días que, en broma o no, se lo digo a mucha gente: apague el televisor, el ordenador, el móvil..., comprobará que no se muere nadie por hacerlo; descubrirá que había personas en su vida; descansará su mente de datos, opiniones, conspi-

raciones, etc.; volverá a sentir el silencio, la paz, el mar, las gaviotas, la luz del sol o el sonido de la lluvia. Y si hace un pequeño esfuerzo, hallará esa amiga perdida desde hace muchos años: la interioridad, la intimidad, la espiritualidad.

Los momentos más bonitos de nuestra vida se construyen, entre otras cosas, gracias a una voz que suena totalmente distinta en nuestro corazón: el pequeño que siente desde el útero la de su madre, el niño que admira la gravedad cariñosa del tono de su padre, el chaval que oye a sus amigos llamarle, la voz del amado y la amada cuando vamos entendiendo de amor... Toda la vida se constituye por algunos tonos fundamentales para nosotros. Pero sólo hay uno que nos acompaña siempre, que no falla, pero que no se escucha todo lo que debiera.

Acalladas las voces de fuera, podrás escuchar la única Palabra de Vida que te ronda hace años, pero que no tenía oportunidad de resonar en tu interior. Que se había convertido en un eco lejano, en uno más en un mar de tertulias. Tiene algo que decirte y sólo tú lo puedes entender.

Puede convertirse en una Cuaresma totalmente distinta a otras con un gesto tan sencillo como este, aprovechando las circunstancias que nos obligan. Acalla los ruidos de dentro y fuera, para volver a nuestro centro que es Dios y, por ende, nuestros hermanos. Feliz Cuaresma, amigos.

**Carlos López Jadraque.**



La milenaria Torre de Hércules, símbolo heráldico de la ciudad por excelencia, fue construida entre mediados del siglo I y principios del II de nuestra era, siendo Emperador de Roma el español Marco Ulpio Trajano.

La Torre, de acuerdo con el inscripción votiva encontrada en sus inmediaciones y que se conserva perfectamente, fue construida por el arquitecto lusitano, Augusto Cayo Sevio Lupo y consagrada al dios de la guerra Marte.

Sin embargo, existe un origen legendario de su construcción, al que se refiere el Rey sabio Alfonso X, en el siglo XIII quien, en su "Crónica General", lo atribuye a un encarnizado combate mantenido entre el sátrapa Gerión, que mantenía aterrorizado a su reino, situado entre los ríos Duero y Tajo, y Hércules.

La leyenda refiere que, viajando Hércules por aquel territorio, sus habitantes le pidieron que los librase de Gerión y así, Hércules lo reto en combate que se dirimió donde actualmente se levanta el faro.

Hércules derrotó a Gerión en una larga lucha que se prolongó durante varios días y varias noches, en

la que, finalmente, Hércules se alzó con la victoria, cortando la cabeza a Gerión y enterrándola, colocando sobre ella una llama para conmemorar la victoria.

Tras el combate, primero Hércules y más tarde su hijo Hispan, mandaron construir la Torre y a su conclusión, Hispan colocó un gran espejo en su remate para poder observar los barcos enemigos desde la lejanía, permitiendo alertar a la ciudad para organizar la defensa. Este espejo fue considerado mágico.

También, en la "Crónica General" encontramos una referencia a la fundación legendaria de La Coruña, señalando que cuando Hércules mandó fundar la ciudad, hizo que se poblase con hombres y mujeres venidos de las proximidades y la bautizó con el nombre de la primera mujer, Crunna, que se asentó en ella.

Hasta aquí, la leyenda que, evidentemente, no tiene otro sustento que el meramente legendario.

Posiblemente, la razón de la construcción de este faro por los romanos, se debiera a la necesidad de asistir a la navegación en su ruta hacia las islas Casitérides, situadas en la zona noroccidental de Hispania, ricas en estaño.

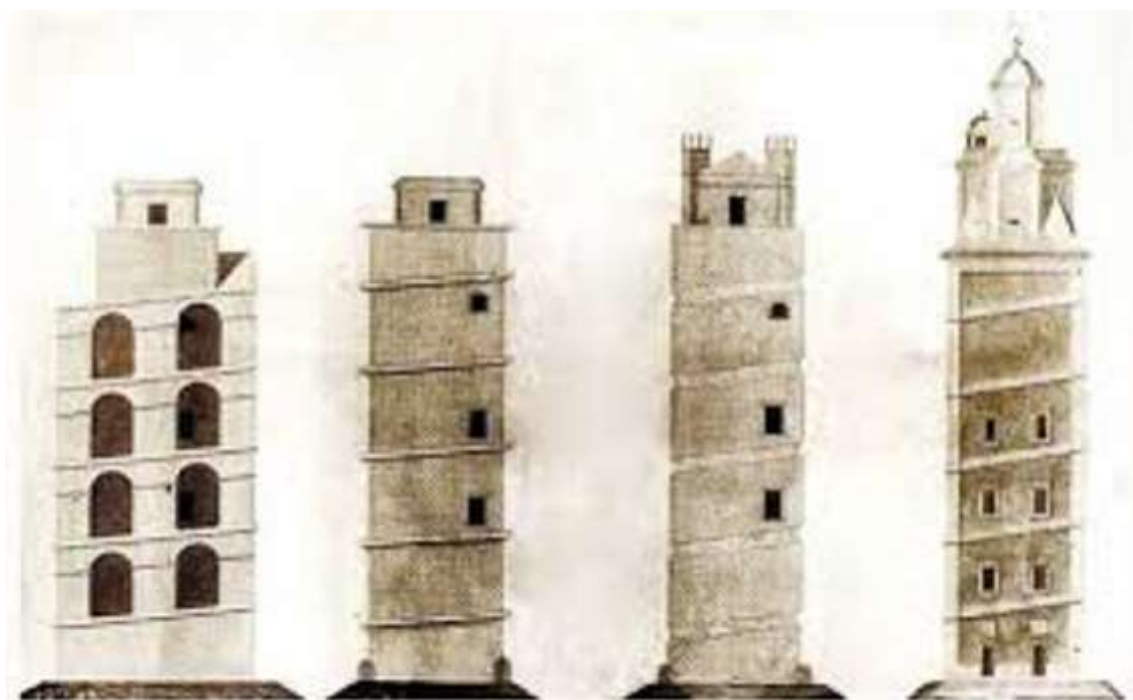
Plinio el viejo, en su Historia natural, señala que estas islas eran ya conocidas por los griegos e incluso por los fenicios que ocultaron su ubicación hasta que fue desvelada por los romanos, pese a lo cual siguen existiendo dudas sobre su ubicación real.

Con relación a la Torre, Paulo Orosio (s. V), habla de una altísima atalaya en Brigantium, a la que denomina "Farum Brigantium".

Por lo que sabemos, en origen, la torre tenía una altura de 30 metros, con una rampa exterior que llegaba hasta la parte superior donde se encontraba la linterna que, para algunos estudiosos, podía estar alimentada de aceite.

En el siglo X, la Torre se convierte en un elemento defensivo, pasando a denominarse el castillo viejo que, con el paso de los años, va perdiendo su valor militar hasta el punto de utilizar parte de los sillares de su rampa para otros fines, especialmente tras la repoblación de la ciudad ordenada por Alfonso IX en 1208.

Entre 1788 y 1979, reinado Carlos III, comienzan los trabajos de recuperación de la Torre, encargados al ingeniero Giannini y a José Cornide de Saavedra. **M.A.R.**



Evolución de la Torre de Hércules, según Cornide de Saavedra



La foto, corresponde a una Jura de Bandera de reclutas, celebrada en los Jardines de Méndez Núñez, antes de octubre de 1908.

En la imagen, los nuevos soldados, están prestando juramento en el Estandarte del Regimiento de Cazadores de Galicia nº 25, de guarnición, por entonces, en nuestra ciudad.

Hasta 1914, las Juras de Bandera se celebraban en el Relleno, no siendo hasta ese año, cuando se trasladan a la plaza de María Pita, una vez concluida la fachada del Palacio Municipal.

El hecho de datar la foto antes de 1908, obedece a las divisas de empleo que lucen tanto el Teniente Coronel, como el Capitán y el Teniente abanderado que aparecen en la foto, que corresponden al Reglamento de divisas de 25 de septiembre de 1884 y que fueron modificadas en octubre de 1908.

El Estandarte, pertenece al Regimiento de Cazadores "Galicia" nº 25, presente en La Coruña desde el 28 de marzo de 1847, fecha en la que se creó un Escuadrón que, el 25 de agosto de 1885, se convierte en Regimiento.

En 1895, uno de sus Escuadrones, partieron con dirección a Cuba para participar en aquel teatro de

operaciones. Igualmente, entre 1924 y 1925, participó en la guerra del Rif.

Su disolución se produjo por Decreto de la República de 26 de junio de 1931, fecha desde la cual no hay presencia del Arma en la plaza de La Coruña.

Las Juras de Bandera de los Reclutas de cada llamamiento, solían celebrarse, por estas fechas, un domingo del mes de abril y tenían lugar, prácticamente, de forma simultánea en toda España.

Sin consideramos como fecha posible la de la primavera de 1908, ese año la Jura de Bandera se celebró, con toda solemnidad, el domingo 5 de abril, a las once de la mañana, en los Jardines de Méndez Núñez, a la altura de la calle de Santa Catalina a cuyo frente se colocó la tribuna ocupada por el Capitán General y otras Autoridades civiles y militares.

El acto se inició con la celebración de la Santa Misa y a continuación, en las distintas Banderas y Estandartes de los Cuerpos de la guarnición de la plaza, se tomó juramento a los Reclutas que, tras besar la enseña nacional, pasaron a ser Soldados.

Tras la Jura de Bandera, se celebró un brillante desfile en el que

participaron las diferentes Unidades que asistieron a la Jura. El desfile, recorrió los Cantones, Juana de Vega y San Andrés y fue presenciado por millares de coruñeses que vitorearon a las tropas.

En aquel año de 1908, la guarnición de La Coruña estaba integrada, además de por la Capitanía General de la Octava Región, a cuyo frente se hallaba el Teniente General Angel Aznar Butigiet; por la Subinspección de Tropas y demás Jefaturas de Servicios de la Región.

Además, en la plaza de La Coruña estaba fijado el cuartel general de la 14ª División, así como el de la 1ª Brigada de esta División.

En cuanto a la fuerza, en nuestra ciudad se asentaba el Regimiento de Infantería "Isabel la Católica" nº 54, perteneciente a la citada 1ª Brigada, así como el Regimiento de Caballería "Cazadores de Galicia" nº 25; el 3º Regimiento de Artillería de Montaña; la 2ª Compañía de la 7ª Comandancia de Tropas de Administración Militar y la 2ª Sección de la 7ª Compañía de Tropas de Sanidad Militar.

Por tanto, en aquella Jura de Bandera prestaron su juramento soldados pertenecientes a todas las Unidades referidas.

E.

Cada vez que se acerca junio, cada vez que se acerca el mes de San Juan, parece como si un universo, cargado de evocaciones y de recuerdos de miles de peripecias vividas con intensidad, me envuelve acariciándome con las suaves manos asedadas de la nostalgia.

Asomado a la ventana me parece percibir ese especial olor que impregna los aires cada vez que el mes de las hogueras llama a la puerta; un aroma peculiar que percibo desde un siempre que se me antoja eterno y que provoca una especial reacción en mi organismo.

Aun me parece recordar aquellas palabras de mi abuela cuando, sentado en su regazo, hablaba del mes de las hogueras, de su magia y de los muchos poderes y misterios que oculta entre sus pliegues la noche de San Juan. Tal vez fuesen aquellas palabras, pronunciadas con ilimitado amor, las que provocaron mi singular adicción a la noche del Santo Precursor, que ha sido capaz de proyectarse a lo largo de toda mi vida.

Con la ciudad dormida, silente, casi apagada; con las sombras jugando a reflejar enigmáticas siluetas en los espejos que nos miran, recuerdo, volviendo la vista atrás a los años pasados...

Las tardes de mayo se deslizaban suaves, serenas y los viejos vanos de piedra del reducto de los fantasmas eran testigos de excepción de aquellos largos e idílicos paseos al lado de la chiquilla de nuestros sueños. De cuantos sueños irrealizables, de cuantos deseos contenidos, de cuantos silencios elocuentes fue testigo aquel sendero que nos conducía a los pétreos vanos olvidados. La tarde iba declinando con sus claroscuros y un día más concluía camino del deseado mes de junio.

Con junio llegaban muchas cosas, tal vez demasiadas. Era tiempo de exámenes finales y a la postre de indeseables resultados anotados en un pequeño libro de pastas azules; también era tiempo de iniciar el diario peregrinar a las playas; con junio llegaban las vacaciones y con ellas, la marcha de la chiquilla de nuestros sueños hasta

un septiembre que se nos antojaba perdido en el infinito o aquel campamento de la Organización Juvenil Española que nos permitía descubrir que la vida no concluía en los límites imaginarios de nuestra ciudad. Sin embargo, por encima de todo, junio era el mes de San Juan, el mes de las hogueras.

Con la lenta caída de la postrera hoja de un mayo sensiblero y frívolo, nuestra mente se fijaba, como lapa a una roca de mar batiente, en la gran noche de ensueño que ya se avecinaba; nuestra imaginación y todas nuestras conversaciones giraban entorno a la noche del alto junio que esperábamos con un ansia ilimitada.

El coche del Colegio; el piso de arriba de aquellos viejos trolebuses desde los que mirábamos altaneros la ciudad a nuestros pies; el portal tenuemente iluminado de cualquiera de nuestras casas o simplemente los largos paseos alrededor de la manzana de nuestra calle, eran testigos y cómplices de toda la trama festiva que, día a día, íbamos urdiendo hasta alcanzar finalmente la apoteosis de la gran noche solsticial.

Era como si añadiésemos una época más a esas otras en las que ha-

bíamos compartimentado el ciclo anual durante nuestra infancia y pubertad. Aquellas temporadas de las chapas, de las canicas, de la bujaína, del che, que poco a poco se habían ido difuminando en nuestros recuerdos, y así, mayo y junio era el tiempo de las hogueras, como julio y agosto lo era de las playas.

Así, llegamos a la edad que nos abrió, de par en par, las puertas a esa otra época en la que comenzamos a vivir intensamente nuestra primeros idilios de temprana edad con aquellas mágicas chiquillas de nuestros sueños que tantas noches nos hicieron pasar en vela. Y con ellas, en su compañía, llegó el tiempo de los guateques dominicales, de los paseos largos y pausados al atardecer, de la cerveza de media tarde en el bar frente a la playa, de las confidencias bajo la tenue luz de la calle o el más penoso de la larga separación hasta aquel septiembre que se nos antojaba perdido en el infinito de la lejanía.

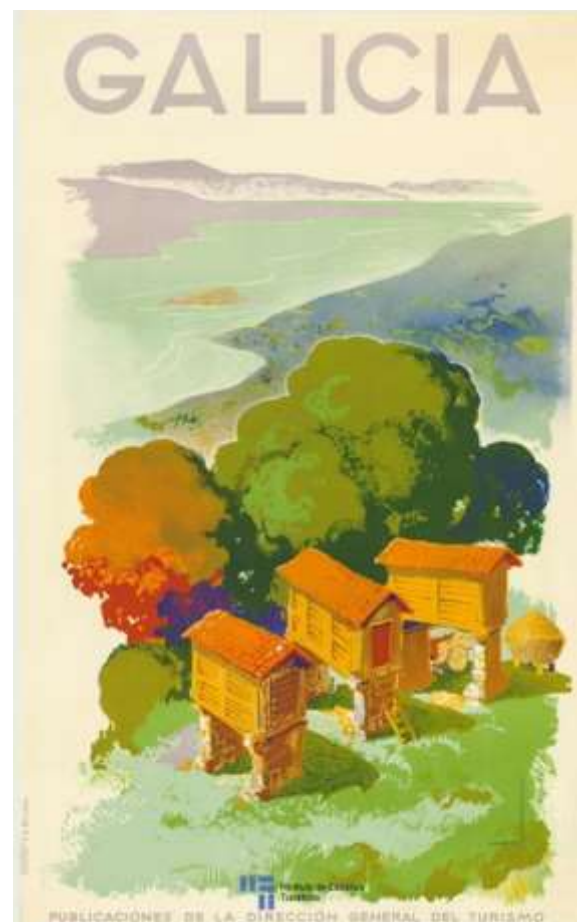
Sin embargo, tanto en una época como en la otra, siempre, la noche de San Juan ocupó un lugar de especial relevancia en nuestro mundo de vivencias. Si las canicas dieron paso a los guateques; si el che fue relevado por los largos paseos a la luz de la luna; si las chapas dejaron libre camino a las tertulias en baja voz en la oscura boite; si los interminables partidos de fútbol bajo los vanos del refugio de fantasmas abrieron la puerta a la cerveza de media tarde frente al mar de Riazor; la noche de San Juan, con su encanto, su misterio y su magia, jamás fue relevada por nada ni por nadie.

Todavía hoy, cada vez que llega finales de mayo, asomado a mi ventana, recuerdo aquellos otros junios de mi juventud. El constante ir y venir, la intranquilidad de las últimas horas, los apurados preparativos para vivir con intensidad la noche más corta del año. Todo era distinto, todo se trastocaba, como en la misma fiesta de San Juan, cada vez que junio se presentaba azul y brillante ante nuestras puertas.

**Eugenio Fernández Barallobre.**



# Carteles turísticos de Galicia



Visite nuestro blog:  
<http://meigascoruna.blogspot.com.es/>

Edita:

Sección de Publicaciones y Difusión de la  
Comisión Promotora de las Hogueras de  
San Juan de La Coruña

Nuestra página web:  
[www.hoguerassanjuan.com](http://www.hoguerassanjuan.com)

#### NOTICIAS

En fechas pasadas, hemos tenido conocimiento del fallecimiento en Madrid de nuestro buen amigo José Ramón Onega López, Director de la Casa de Galicia en la Capital de España y Delegado de la Xunta en Madrid. Sobre la vinculación de José Ramón Onega con nuestras HOGUERAS, hay amplia información en la sección "Baúl de recuerdos" en este mismo Boletín. Con nuestra oración, descansen en paz el alma de nuestro amigo Onega.

Desafortunadamente, un mes más, no podemos traer a esta sección noticia alguna sobre las actividades de la Asociación de Meigas, simplemente porque no se ha podido celebrar ninguna, debido a la situación lamentable en la que estamos viviendo desde hace casi un año. Un año en el que se nos ha privado de libertades de todo tipo, se nos ha inoculado el terror y total para que ni tan siquiera se atisbe el final del túnel que parece casi eterno. Nos han robado un año de nuestras vidas y nosotros como si nada.



Cartel de las Fiestas de verano de 1926

#### Fiesta de Interés Turístico Internacional

## Cosas de Meigas

Pese a las grandes dificultades en los que nos encontramos sumidos, la Asociación de Meigas prosigue con su actividad. Se trata de una actividad callada y menos vistosa, pero eso ya es mucho para los tiempos que corren de práctica inactividad por parte de la mayoría de las Entidades y Asociaciones.

Con periodicidad mensual, casi siempre alrededor del día 15, sale a la luz un nuevo número de su boletín "Cosas de Meigas" que, día a día, va mejorando su formato y su contenido.

"Cosas de Meigas" es el órgano difusor de la Asociación y la tribuna de expresión de Meigas mayores e infantiles que, cada mes, plasman sus opiniones, sus pareceres y sus vivencias en sus páginas lo que les confiere un valor añadido toda vez que son opiniones libres, sin mediatizar.

Lamentamos que, de momento, la actividad se limite a esto, sin embargo, esperamos que, en cuanto sea posible, de una u otra forma, los actos organizados por la Asociación de Meigas se sucedan y vuelvan incluso con más fuerza que antes.

De momento, nos tenemos que contentar con leer las páginas de su boletín "Cosas de Meigas" que, por fin, ha logrado arrancar y concurrir puntual a su cita con amigos y colaboradores.

Animamos, pues, a la Asociación para que se mantenga en esta línea de trabajo a la espera de tiempos mejores y de que los vientos soplen favorables.

Hasta entonces, vaya desde aquí nuestra felicitación por el trabajo que realizan, que es la mejor garantía de su continuidad.

